

Pasó la noche al pie de una imagen del Niño Jesus, que tenia con una mano una cruz sobre el hombro, y en la otra una cesta llena de clavos y espinas con esta inscripcion: *In laboribus a juventute mea*. Aplicóse á sí mismo estas palabras y ejemplos de Jesus, y resolvió arrostrarlo todo para imitarle. Al dia siguiente volvió el magistrado á decirles lo mismo que la noche anterior, y les preguntó cuál era su decision. Todos menos tres, de los cuales uno que no contaba mas que un mes de noviciado se retractó un momento despues, aunque en vano, declararon y firmaron que aceptaban el destierro. Hallándose enfermos dos de estos, los dejaron, é hicieron partir á los otros setenta y cuatro escoltados por tropa. En todos los lugares por donde pasaron, fueron recibidos con las mas vivas distinciones de honor, de benevolencia y de sentimiento; y menos se affigia el pueblo de verlos marchar, que de tener que vivir en adelante privados de su compañía. En Palencia, los dominicos, los franciscanos y los habitantes se disputaron el privilegio de hospedarlos, y fué preciso dispersarlos. Al salir de aquella ciudad se presentó un jóven preguntando por el maestro de novicios, se acercó á él sin temor de las amenazas, ni de la hostilidad de los soldados, y le suplicó que le admitiese en el acto, ó por lo menos que le dejase seguir á los cautivos con el objeto de ser admitido despues. «Todo mi deseo, decia sollozando, es merecer participar de vuestra dicha.» El Padre admiró su valor; pero como no era ni tiempo, ni lugar á propósito para admitirle, se limitó á consolarle y le despidió. Cuando llegaron á Torquemada, sobrevino la orden de hacer proseguir la marcha á los Padres, y de detener á los novicios en un lugar cómodo, recomendándolos al cuidado de los magistrados, para darles tiempo de deliberar detenidamente sobre las consecuencias de su partida. Asi, separados con gran pesar suyo de los Padres, distribuidos por quince dias de dos en dos en las casas

particulares, comprendieron que iban á pasar por pruebas, de que solo uniéndose estrechamente entre sí, y sobre todo con Dios, podrian salir felizmente. Resolvieron en vista de esto seguir el régimen del noviciado: eligieron por superior al de mas edad, y le agregaron cuatro consultores, comprometiéndose á obedecer lo que aquel, oido el parecer de estos, les ordenase. Arreglaron metódicamente el género de vida que se proponian seguir, asi en la distribucion del tiempo como en los ejercicios que habian de practicar. Al levantarse por la mañana iban á la iglesia á hacer oracion y pedir á Dios fuerzas para el combate de aquel dia: el resto de la mañana, despues de asistir á la misa, le pasaban, parte en sus estancias y parte en los hospitales, concluyendo con el exámen particular. La tarde la ocupaban en el rosario, en la lectura espiritual, en la oracion y en la visita al Santísimo Sacramento; luego el paseo en que, no hablando mas que de Dios, procuraban consolarse y alentarse mutuamente. Por la noche tenian la disciplina, si el lugar en que estaban lo permitia. Además tenian confesion semanal y comunión los domingos y festividades. Este género de vida hubiera hecho perseverar á todos los novicios, si los que por de pronto le admiraron no le hubiesen interrumpido. A los pocos dias se les prohibió severamente toda clase de ejercicios, toda distraccion en comun, toda visita entre sí ó á los hospitales. Aun se tomaron otras medidas mas vejatorias, y todo se hacia como si fuese de orden del rey. Los novicios respondieron que estaban prontos á obedecer con tal que se les enseñasen las órdenes del rey; pero se les negó esta satisfaccion. Los habitantes de la poblacion intentaron ganarlos, y hallándolos inalterables, emplearon los medios mas odiosos, las injurias, las amenazas y los malos tratamientos. Uno de ellos llegó al extremo de sacar la espada contra un novicio á quien no podia persuadir. Otro quitó á un novicio, que tenia en su casa, el hábito

religioso mientras estaba durmiendo: pero el jóven manifestó que no se levantaria del lecho hasta que se lo devolviesen. Otro novicio fué molestado de tal manera, que tuvo que marcharse de la casa. De uno ó dos mas intentaron conseguir con el regalo de la buena comida y del vino, lo que no podian alcanzar de otro modo; pero este fué el suplicio de que menos uso hicieron. El que era comun á todos era el oirse llamar locos, imbéciles y rebeldes á la voluntad del rey, amenazándoles con que no se les asignaria pension como á los otros. Decíaseles que en Palencia se les estaban haciendo vestidos seculares, y que no tendrian mas remedio que ponérselos ó hacerse soldados. Despues de haberlos atormentado con estas mentiras y malos tratamientos, las autoridades de la poblacion en que estaban les mandaron comparecer ante ellas el dia de la Pasion. Presentáronse y fueron encerrados en una habitacion, de la cual les hicieron salir de uno en uno para declarar y firmar su última decision. Los cuatro primeros se mantuvieron firmes. A medida que iban compareciendo, los trasladaban á otra habitacion distinta de la que ocupaban los otros. Llegó el caso de que un hombre que habia hecho inútilmente cuanto estaba en su mano para seducirlos, discurrió aun un medio lleno de perfidia. Acercóse á la puerta donde estaban estos últimos, y les dijo que de los cuatro que habian salido tres habian cedido: creyéronle los jóvenes y se affigieron profundamente. Sin embargo, compareció el quinto y sin vacilar optó por el destierro. Lleyáronle al lugar donde estaban los otros cuatro, y al entrar preguntó con aire de dolor y de reconvencion: «¿Quiénes son los tres que han tenido la desgracia de ceder?» La respuesta de sus compañeros le hizo comprender que habia sido engañado, y todos se regocijaron cordialmente. Sin embargo, las diversas astucias que se pusieron en juego, y sobre todo, el temor que algunos religiosos llegaron á inspirarles de que ofendian á Dios

perseverando en su obstinacion, fueron causa de que catorce jóvenes se determinaran á quedarse en España. A los dos dias se recibió la orden de regresar á Palencia, donde les esperaban nuevas pruebas. La primera vez que habian pasado por esta ciudad todo habia sido manifestaciones de honor, respeto y afecto; pero á su regreso fueron recibidos con tanto desprecio y crueldad, que no pudieron menos de acordarse de la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem, seguida tan pronto de su Pasion y muerte. Abrumados de insultos y amenazas, llenos de cansancio y enteramente mojados por la lluvia, fueron conducidos al través del pueblo y de la tropa ante el tribunal de la autoridad civil. El que lo presidia, despues de haberles llamado nominalmente les intimó en nombre del rey la orden de que en el acto dejasen su hábito y se vistieran trage secular. Admirados de semejante orden, bajaron los ojos y la cabeza y permanecieron en silencio. «Obedeced, obedeced, les gritó el presidente: de aquí no habeis de salir sino vestidos de paisano.» Los jóvenes le hicieron presente que la mayor parte de ellos carecia de semejante trage. «Peor para vosotros, les replicó la autoridad, á mí no se me manda dárselo; mas no por eso os librareis de dejar aquí vuestros hábitos.» No tuvieron mas remedio que sujetarse. Viéronse, pues, obligados á irse despojando, delante del tribunal inexorable, de aquellos sencillos y pobres vestidos que por su voluntad no hubieran trocado por el mas rico manto: desnudáronse de ellos temblando, y al dejarlos los besaron y regaron con sus lágrimas. Compréndese lo que unos jóvenes bien educados, llenos de pudor y modestia, sufririan al comparecer primeramente á la vista del tribunal, y luego ante todo el pueblo, con aquellos vestidos interiores, verdadera librea de la pobreza, hechos de la tela mas grosera, y de tan mala hechura, que el artesano mas humilde hubiera tenido vergüenza de llevarlos. Para colmo de oprobio va-

rios de ellos los tenían tan usados y rotos, que si no se hallaban en una desnudez completa, no por eso dejaban de estar en un estado indecoroso: su único consuelo en aquel angustioso momento fué el contemplar interiormente á Jesucristo desnudo ó cubierto de harapos de púrpura. Hallándose reducidos á tal estado, el presidente volvió á proponer á cada uno en particular que eligiera entre el destierro ó quedarse en su patria. Unos optaron por lo primero y otros por lo segundo. A medida que iban respondiendo ponían á la derecha los que optaban por el destierro y á la izquierda los que pretendían quedarse en España; uno de estos recordando en su imaginación las palabras *Multi sunt vocati* etc., lleno de espanto, salió precipitadamente del grupo de los desertores y pasó al bando opuesto, exclamando que prefería el destierro. No contento aun el presidente con estas pruebas que habían hecho ceder á varios novicios, mandó por tercera vez comparecer á los que permanecían firmes, advirtiéndoles que el partido que iban á tomar era irrevocable. En medio de tales combates y agitaciones, ¿sería de admirar que todos sin escepcion hubiesen sucumbido, mayormente cuando en aquellas circunstancias podían hacerlo sin pecado? Pues sin embargo, hubo veinte que se mantuvieron inflexibles y determinados á arrostrarlo todo para poder seguir su vocación: los demás se resignaron á volver á sus casas. Apenas hubo en la ciudad quien quisiera ó se atreviera á recibir á los veinte héroes: algunas personas admiraban en secreto su constancia, pero la mayor parte los trataban de tercos, fanáticos, locos y rebeldes. Retiráronse á una pobre hospedería, y varios vecinos de la ciudad les enviaron secretamente dinero, víveres y trajes para cubrirse mas decorosamente. Habiéndoles dado al día siguiente la orden de partir comenzaron á pedir limosna; pero se les prohibió hacerlo so pena de prisión: además no se les quiso dar pasaporte, y últimamente, para desani-

marlos se les dijo que los Padres con quienes se querían reunir se habían embarcado ya para Italia. No les fué posible proporcionarse calzagaduras ni carruages, por lo cual tuvieron que emprender el camino de Santander á pie y cargados con su pobre equipaje. En esta ciudad tuvieron el consuelo de encontrar á los Padres y de unirse á ellos para sufrir cuanto la Providencia quisiera enviarles. Uno de estos desnonados jóvenes, Manuel, de quien ya hemos tenido ocasion de hablar, acababa de padecer una enfermedad que había agotado sus fuerzas, y hasta le había dejado un tumor en el rostro; en fin, tenía los ojos tan debilitados, que no podía soportar la luz. Creíase que no le sería posible marchar; pero él lo quiso y Dios recompensó su buena voluntad. La víspera de la salida de Palencia recobró súbitamente el uso de la vista y las fuerzas necesarias para emprender el viaje. En Santander las personas mas notables de la ciudad consideraron como un honor el hospedar en sus casas á los ilustres proscritos. De allí á pocos días se les concedió permiso de reunirse á los Padres detenidos en el colegio, y tuvieron la satisfacción de volver á tomar el hábito. Aquel mismo día se embarcaron y dirigieron la proa á Italia, en donde todos, despues de haber terminado un noviciado tan penoso y resistido á tantas pruebas, tuvieron la dicha de pronunciar sus votos con tanta alegría como mérito.

En Ávila, el rector del colegio suplicó en vano al gobernador eximiese de la marcha á cuatro enfermos, en cuyo número figuraba un hermano coadjutor, anciano casi octogenario, que apenas veía, y cuyas piernas estaban llenas de úlceras. El único favor que pudo conseguir fué que se les concediese un carro sin toldo á los enfermos, y á los demás ó caballos ó burros etc., pero tan mal aparejados que apenas había uno que no le faltase ó sillas ó bridas, etc. Con tan miserable tren salieron en número de diez y ocho escoltados por treinta soldados, entrando y saliendo de todas

las poblaciones á son de tambor. El corregidor de Burgos fué mas humano: proveyó á todas sus necesidades y retuvo á dos enfermos, que realmente estaban imposibilitados de pasar adelante. Pero el octogenario quiso marchar y sostuvo la fatiga del viaje y las incomodidades de la navegación con tanto valor y constancia como los mas robustos, y dando con su ejemplo aliento á los que empezaban á flaquear.

Uno de los jóvenes regentes de Santiago, antes de embarcarse pasó un mes de prisión en la Coruña, esperando á los compañeros. Presentósele su padre, rogándole que volviese al seno de su familia, pintándole el deplorable estado de la Compañía y encareciéndole con las mas vehementes razones su paternal amor. Pero el joven supo defenderse, y habló con tanta energía y elocuencia del precio de su vocación y de la dicha de los sufrimientos que le esperaban, que su padre dejó de instarle, y llorando de satisfacción, dió gracias á Dios por haberle dado tal hijo. Un secular, de quien aquel religioso había sido muy amigo en el mundo, probó tambien á hacer flaquear su constancia. «Sabad, le respondió el regente, que si ahora no tuviese la satisfacción de vestir el hábito de la Compañía, me apresuraria á pedirlo en vista de la alegría que reina en mis hermanos en medio de los sufrimientos que padecen por la justicia. Las persecuciones presentes, las penas que nos esperan, eso es precisamente lo que confirma mi vocación.» Este regente apenas tenía diez y ocho años de edad.

Los de Villagarcía tuvieron que sufrir en Burgos dos rigurosas pruebas con motivo de su resolución de desterrarse. El corregidor, sin hacer caso de lo que ellos decían, les mandó que consultasen con hombres de talento, y le trajesen la contestación. Así lo hicieron y todos perseveraron en su propósito, menos dos, que habiendo ido á consultar á unos religiosos, les dijeron que pecarían gravemente si insistían en querer partir: por consiguiente

cedieron. A los demás rehusaron darles pasaporte, y aun les amenazaron con la prisión, si al día siguiente no se habían puesto en camino. Cuando llegaron á Santander, sufrieron el sétimo y último interrogatorio y luego se les dejó reunir con los Padres y se les embarcó para Italia.

Viendo el corregidor de Salamanca á un Padre, de edad de setenta y tres años, enfermo, y temiendo que no pudiera seguir á los demás, consultó á los médicos, que respondieron que sin manifiesto peligro de la vida no podía ponerse en camino. El corregidor mandó leer este dictamen al anciano, quien alzando los ojos al cielo, exclamó: «A pesar de eso, insisto en querer seguir á mis hermanos para pasar el resto de mi vida en su dulce compañía y para terminar mis días en el género de vida que he tenido la dicha de abrazar.» Admirado el corregidor, mandó que se pusiera por escrito esta respuesta, á fin de poderla presentar en el caso de que se le acusara de haber faltado á las instrucciones superiores que prevenían que no se obligase á partir á los jesuitas que fuesen muy ancianos ó padecieran alguna enfermedad muy grave. El Padre sin vacilar puso por escrito y firmó su contestación.

El mismo día que S. M. católica daba este grande golpe en sus Estados, apareció un Manifiesto en que se pretendía justificarle (1). En este documento no se daba noticia alguna del crimen que había provocado aquella proscripción general. Sus principales razones eran las siguientes: «1.º que el rey, impulsado por motivos de la mas alta importancia, como por ejemplo, la obligación de mantener la subordinación, la paz y la justicia entre sus pueblos, y por otras razones igualmente justas y necesarias, había creído conveniente mandar que todos los religiosos de la Com-

(1) Pombal, Choiseul y Aranda, etc., p. 95-99.

pañía de Jesus salieran de sus Estados y que sus bienes fuesen confiscados: 2.º que los motivos justos y graves que le habian obligado á tomar esta determinacion, quedarian para siempre reservados en su Real ánimo: 3.º que las demás congregaciones religiosas habian merecido su aprecio por su lealtad, por sus doctrinas, y finalmente, por el cuidado con que se abstuvieron de mezclarse en asuntos propios del gobierno. Estas últimas palabras insinuaban, pero no espresaban el supuesto crimen de los jesuitas, y el profundo secreto que se guardaba acerca de la naturaleza de su atentado, les privaba de todo medio de defensa, no siendo la del testimonio de su vida pasada. De todos modos, á pesar de la ley de silencio impuesta por la Real orden, estas medidas tan severas como inesperadas afligieron y dieron que murmurar á casi toda la nacion. Un obispo español se atrevió á defender á aquellos millares de inocentes, á quienes se desterraba en masa sin oírlos, sin siquiera darles á conocer la causa de su destierro, y no temió decir en alta voz al monarca todo lo que los demas pensaban acerca de la justicia de aquel acto.

Cárlos III no era capaz de retroceder de una empresa en que se hubiese comprometido. Sin embargo, creyó conveniente informar al Papa de lo que acababa de hacer, declarándole que por lo demas nadie llegaría á saber los motivos. Clemente XIII, Pontífice tan prudente como piadoso, no pudo creer que la corporacion de la Compañía hubiese cometido un crimen digno de un castigo tan extraordinario. No hallando ningun antecedente para poderse enterar ni en la carta de Cárlos III, ni en sus conferencias con los jesuitas proscritos más ilustres, envió secretamente á Madrid una persona de su confianza con una carta cerrada escrita de su propia mano. En ella conjuraba al monarca en nombre de la Religion á que le dijese qué era lo que habia motivado aquella grande herida que él acababa de hacer á la

Iglesia, y le prometia una justicia pronta y terminante, en el caso de que entre los jesuitas proscritos ó todos los demas individuos de la Sociedad, hubiese quien pudiera haber merecido su indignacion faltándole á la fidelidad ó deshonrando su Estado. Cárlos respondió tambien de su propia letra al Soberano Pontífice diciendo: «Que para evitar al mundo un grande escándalo, conservaria para siempre en su pecho la abominable trama que habia hecho necesarias aquellas rigurosas medidas; que Su Santidad le creyese bajo su palabra, y que la seguridad de su vida exigia de él un profundo silencio sobre aquel asunto.» Por último, significaba al Papa la resolucion en que estaba de proseguir en lo sucesivo, por cuantos medios estuviesen en su mano, la abolicion de una orden que todos los soberanos debian tener interés en destruir. Clemente XIII insistió, pero en vano; ni las reclamaciones, ni los ruegos, ni aun las mismas amenazas del juicio de Dios pudieron conseguir nada del monarca; su corazon permaneció cerrado hasta la muerte, y la iniquidad pudo consumarse con gran satisfaccion de todos los enemigos del trono y del altar, que consideraron su triunfo como seguro para en adelante.

El ciego resentimiento de Cárlos III fué tambien á caer sobre el Paraguay, y ni la utilidad de los establecimientos formados por los jesuitas en aquellas regiones salvajes, en las que habian adquirido tantos súbditos á la corona de España como hijos á la Iglesia católica, pudo librarles de la proscripcion general. Cerca de dos siglos hacia que la envidia y la animosidad acusaban á aquellos religiosos de aspirar á la independencia. Esta calumnia, mil veces repetida, habia sido judicialmente examinada y constantemente confundida en tiempo de los antecesores de Cárlos III, y hasta en el reinado de este mismo monarca. Esta misma calumnia volvió á reproducirse en el presente asunto, aunque bajo distinta forma. Si el rey

hubiese podido retroceder de la prevencion que habia concebido, el modo con que su orden fué cumplimentada en el Paraguay le hubiera hecho comprender la inocencia de los perseguidos. En cuanto llegaron las órdenes á las Reducciones, no dependia sino de los jesuitas el haberse sustraído de ellas, sin embargo, se sometieron con la sumision mas completa. A pesar de tener todo poder sobre unos pueblos convertidos por su influencia en hombres y en cristianos, fueron sin embargo los primeros que les predicaron obediencia, aunque estaban en su interior bien convencidos de la próxima ruina de las Reducciones y de la dispersion total de sus habitantes, así que por la retirada de sus padres en Jesucristo se vieran privados de todos los recursos de salvacion. Los jesuitas se dejaron arrancar sin resistencia, y sin proferir una queja, del seno de sus rebaños desolados, y sabida es la suerte que les cupo á aquellos pueblos, que hasta entonces se habian visto tan florecientes y dichosos: sacrificados fueron á los vanos terrores de un príncipe, víctima él mismo de sus prevenciones, ó mas bien dicho, al encono verdaderamente infernal del filosofismo contra todo lo que pertenecia á la Religion de Jesucristo.

El Soberano Pontífice gimió á vista de la obstinacion del rey de España, y evitó el choque, temeroso de las resultas que acaso hubieran podido traer un cisma. Mas para cumplir, como él mismo dice, con sus deberes de primer pastor, le dirigió un breve que llegó á ser público, en el cual Clemente XIII declaraba con una libertad apostólica: «que los actos de Cárlos III contra los jesuitas comprometian evidentemente su salvacion; que aun dado caso que algunos de aquellos religiosos se hubiesen hecho culpables, no se les podia castigar con tanta severidad sin haberlos previamente acusado y convencido.» No contento con esta solemne reclamacion, el Papa protegió decididamente á los nuevos proscritos: proveyó generosamente á todas sus nece-

sidades, y las distinciones públicas de benevolencia con que honró, tanto á los jesuitas españoles como á los franceses y portugueses, no se interrumpieron hasta el fin de su vida, á pesar de los amargos disgustos con que la mayor parte de los soberanos de Europa, como otros tantos hijos insensatos, se complacian en abrumar al Padre comun de los fieles.

Al dejar Cárlos III la corona de las Dos-Sicilias para subir al trono de España, habia entregado el cetro de aquel reino á su hijo tercero Fernando IV; y como el nuevo rey de Nápoles, por ser aun muy jóven, tenia necesidad de un piloto que se encargase del timon del Estado, nombraron al jurisconsulto Tanucci, como ya lo hemos dicho anteriormente, para que ocupase un puesto tan importante. Este primer ministro arreglaba todo el reino, bajo la supremacia de Cárlos III, que desde Madrid seguia dominando en Nápoles (1). Tanucci, dócil y flexible bajo las manos de su señor, cuanto inflexible y duro en su administracion, no dejaba al rey mas que el honor de la corona y retenia para sí toda la autoridad. Tal era la situacion de las cosas en Nápoles, cuando Cárlos III destruyó la sociedad de los jesuitas en España. La espulsion de los de los Estados de su hijo, no le costó mas que una carta de su mano. Tanucci, como filósofo, no tenia mas amor á los jesuitas que á la Santa Sede y á la Religion: por lo tanto, aprovechó gustosísimo aquella ocasion. A fin de no tropezar en ningun obstáculo, sobre todo por parte de Roma, cuyo desagrado no temia arrostrar, se propuso seguir la marcha del conde de Aranda. En un mismo dia y á una misma hora fueron aprisionados todos los jesuitas de los dominios napolitanos, embarcados y espulsados á las costas de los Estados pontificios. En la orden de espulsion, que fué del 3 de noviembre de 1767, no se espresaba ningun motivo. Fernando, ó mas

(1) Pombal, Choiseul y Aranda, etc., p. 99-101, B. del C., tomo XXII.—IX.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO VII.